

:: RESEÑA

Yael Zaliasnik

Memoria Inquieta.

Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2016
365 pp.

Por Antoine Faure

CIDOC – Universidad Finis Terrae, Santiago, Chile
afaure@uft.cl



Más que las agrupaciones que luchan por un nunca más de violencia política, Yael Zaliasnik analiza, en el libro *Memoria inquieta*, la memoria en movimiento. Esta es la principal de las varias cualidades de su propuesta. Esta movilidad implica una evolución desde una concepción comunicativa de la memoria hacia una concepción cultural más reflexiva e históricamente más distante. Los fenómenos estudiados en este volumen lo demuestran, ya que todos ellos están marcados por el movimiento corporal y, a la vez, son todos heterogéneos: marchas, piezas de teatro, funciones de danza, *performances*, etc. Se utiliza una articulación diversa de metodologías (en particular, observación participante, entrevistas sociológicas, trabajo sobre archivos) y, por lo mismo, se muestra un cruce de las disciplinas académicas. Estos desplazamientos desembocan, finalmente, sobre pistas de reflexión abiertas, sin cerrar conclusiones definitivas.

La autora evita de inmovilizar el mundo para analizarlo. No busca zanjar una verdad (ni histórica ni memorial, tampoco científica); no busca dar una pauta o un modelo de trabajo para universalizar la comprensión de los fenómenos de memoria a partir del caso de las sociedades chilenas y uruguayas. Lo que hace Zaliasnik es problematizar experiencias memoriales heterogéneas y convergentes en los años 2000 (desde la “Marcha del Silencio” hasta el funeral de Víctor Jara, pasando por las obras “Santiago Amable”, “Cuerpo H” o “Memorial”), a partir de sus teatralidades. Busca, en la vitalidad de las actividades que refieren al tiempo traumático

y mortífero de la homogeneidad represora, los actos de "*represent-acción*" (en cursiva por la autora) que transforman y transgreden lo cotidiano y el sujeto. Este movimiento no solo es un principio analítico, sino que se encarna en el montaje del libro. Su estructura no sigue una línea cronológica o temática; la autora moviliza acciones memoriales que agrupa detrás del poder fáctico de los verbos "marchar", "testimoniar" y "semiotizar", que atraviesan los cuerpos, las palabras y las imágenes. También se pone en escena la circulación de la memoria con la inclusión de fotografías y documentos producidos por la autora durante las acciones culturales observadas, lo que permite visualizar y encarnar el análisis como la hacen las máscaras para un carnaval. En este sentido, Yael Zaliasnik propone una memoria de la memoria traumática (y cultural).

De manera coherente, la prosa de este libro atrapa al lector sin permitirle escapar. La creatividad de la propuesta, interdisciplinaria, intercultural, y que además cruza los objetos para enfrentar un mismo problema, encarna el proyecto de análisis: una escritura dúctil y en movimiento. Entre la primera parte del libro (sobre las marchas) y la última (sobre las *performances*), la autora transforma su manera de escribir, alterna entre crónica y crítica, hace idas y vueltas entre los objetos de estudio, situando el análisis entre los vaivenes de sus palabras.

Al cruce de estos movimientos del relato, de la narrativa y del análisis, Zaliasnik no cae en la deriva sociológica de la pregunta por el quién (quién se moviliza para la memoria y qué es lo que indica sobre el estado del problema), o la deriva historiográfica del positivismo archivístico (que sedimenta la memoria, sin considerar el espacio escénico en el que se activa el discurso memorial). Los dos tenderían a entrapar el análisis en las mallas de una intocable hegemonía. Al contrario, estudiar estos fenómenos y estos eventos desde el filtro de sus teatralidades permite guardar un grado de apertura y considerar la manera con la que estos repertorios de acción mueven las coordenadas del orden y abren grietas en el "deber recordar". Es el movimiento analítico que la autora opera en una oscilación entre politización, despolitización y repolitización o, en otras palabras, entre institucionalización, conflicto y transformación. Este gesto es decisivo, a la hora en la que se tiende a dibujar un mundo sin posibilidades, apocalíptico, que se contenta con actualizar un presente cerrado a partir de una mirada profética y retrospectiva, sin proyectar futuro e imaginario. Al contrario, Yael Zaliasnik no mira la manera de dar voz a los sin voz, sino el potencial de transformación de fenómenos memoriales que evitan la institucionalización y provocan cambios subrepticios por réplicas y repeticiones: actos de transformación, que condenan la reproducción paralizante.

Si bien estas cualidades son decisivas, quedan algunas dudas vigentes, al momento de cerrar la última página. Zaliasnik da por sentada una equivalencia entre memoria, teatralidad y ciudadanía, que se debería al carácter performativo. Esta idea es, sin duda, estimulante, aunque también sería importante profundizar en la argumentación. Por ejemplo, ¿por qué privilegiar el concepto de ciudadanía cuando el concepto de comunidad parece decisivo tanto en términos memoriales como políticos, como disputa al individualismo neoliberal? De hecho, la hegemonía capitalista, en su fase neoliberal (o neodarwinista), está bastante ausente del libro cuando los mismos eventos que la autora trata muestran una expresión neoliberal de la memoria, como sucede con la venta masiva de poleras con el rostro de Víctor Jara en su mismo funeral. Para ser justo, la autora lo nota, pero faltó un análisis de esta característica de los fenómenos estudiados. Además, la equivalencia entre los tres conceptos (memoria, teatralidad y ciudadanía) implica

que dichos fenómenos ocupen las tres propiedades, cuando la performatividad de la marcha del silencio no corresponde necesariamente a una tarea ciudadana, y viceversa.

En términos teóricos, este libro deja cierta frustración frente a conceptos que el lector quisiera entender de manera más precisa, por ejemplo, las “proxemias de solidaridad”. También el título sigue enigmático. ¿Lo explica una razón editorial? Habría que preguntarle a la autora. Queda una duda: mientras el movimiento de la memoria que analiza Yael Zaliasnik está al centro del análisis, desaparece en el título para privilegiar una fórmula que pierde fuerza. Es cierto, la inquietud implica no quedarse inmóvil. Pero, en un sentido contrario, si el trabajo de memoria se aquieta, ¿eso no significaría que la memoria se hubiese cristalizado en patrimonio? En otras palabras, ¿acaso la memoria como fenómeno social no es necesariamente inquieta? Para profundizar sobre estas preguntas, y por todas las razones ya expuestas, es importante tomar el tiempo de leer este libro y sumergirse en estas crónicas del trabajo memorial chileno y uruguayo.